

Alejandro Batista
López

*René Batista Moreno,
apuntes de su vida y
obra*

René Batista Moreno nació el 22 de marzo de 1941 en la colonia Ofelia, finca El Pesquero, cerca del central José María Pérez. La colonia era propiedad de sus abuelos y por eso desde los siete años de edad se siente muy identificado con el mundo campesino, con todo el folclor que emanaba de su bucólico panorama. Su vida y obra tuvieron como centro al guajiro y sus costumbres.

René puso como nadie su mirada sobre el campesino cubano; en gran parte de sus testimonios podemos apreciar que hace mucho énfasis en las reuniones de vecinos de la zona. Cuenta en algunos de sus textos que por las tardes, los vecinos más cercanos iban a reunirse en la casa de su abuelo, y tenían lugar muchas conversaciones interesantes. Aquello para él constituía como una especie de catedral del folclor campesino: allí se hablaba de mitos, de leyendas, de grandes poetas; temas que fueron compensados después con velorios y otras actividades como conversatorios o desafíos del punto cubano.

Años después cuando fue a vivir a Camajuaní y ya era en sí un folclorista, traía en él toda una savia guajira indiscutible: todo aquello que oía, lo recreaba en su imaginación, siempre estaba allí, sentado en el piso junto al taburete del abuelo, escuchando lo que le gustaba. Para René todas esas historias

siempre tuvieron una carga poética única. Junto a su madre, ambos comenzaron la vida pueblerina en un barrio marginal que se encontraba frente a la antigua plaza del mercado, una plaza que se había construido en el año 1914, y donde vivía mucha gente pobre, desamparada.

René fue a la escuela hasta la edad de ocho años, porque a esa edad comenzó a trabajar junto a su hermano Ricardo; razón por la cual vivió también en contacto con todo lo que era folclor urbano. Asimismo, realizó varios oficios que llegó a aprender con el tiempo.

Su contacto con la literatura surgió a la edad de once años cuando comenzó a trabajar como aprendiz de carnicero; en realidad empezó este oficio, pero había momentos de ocio: se compraban muchas revistas y periódicos para envolver la carne y ahí se detenía a hacer sus lecturas. Siempre hubo muchas cosas de interés para leer mientras hacía su trabajo; aunque en el campo ya leía, es en el pueblo cuando realmente comienza su inclinación por la lectura. Por aquella época visitaba dos librerías en el pueblo; él siempre me decía que parte de su salario era para comprar los libros que le interesaban, que en aquel entonces eran muy baratos. Siempre recordaba una edición preferida que aún conservo en su biblioteca y eran los libros de las ediciones Ator.

Para René Batista existían dos tipos de lectores: el individuo que lee por entretenerse y el que tiene hambre de cultura, necesidad de conocer cosas. Para él la lectura nunca fue un *hobby*, sino una gran necesidad de aprender. Disfrutaba tanto sus temas preferidos que llegó a reunir una colección de más de seiscientos libros a lo largo de su vida, los cuales aún conservo con beneplácito. Tal motivación lo llevó a conocer a escritores cubanos y algunos extranjeros a principios de la década de los sesenta. Se acercaba a estas personas no buscando utilidad sino porque les simpatizaban, porque consideraba que eran hombres buenos; porque buenos escritores hay pocos, pero buenas personas hay menos todavía. Le interesaba más bien conocer el mundo interior de los escritores, más su humanidad que su calidad como escritor.

Comenzó su carrera como escritor de cuentos, y publicó varios de ellos; tiempo después comenzó su interés por la poesía aunque no dejó de interesarse por el cuento –no creo que haya

sido un escritor frustrado dentro de la cuentística—, pero como reminiscencia perduraba la imagen del lugar donde nació y vivió por un tiempo en el campo; estaba la belleza de su topografía irregular, o sea, había un río, un arroyo, lomas, llanos, tierras fértiles, reverdecidas, y esto generó una serie de versos libres en la poética de René cargada de lirismo desbordante. Así ve la luz su libro titulado *Componiendo un paisaje* que fue premio Uneac Julián del Casal en 1971 y publicado en 1972.

En su trayectoria literaria ganó muchos premios y menciones en cuento, poesía y ensayo, pero siempre tuvo un grupo de ideas poéticas y tuvo la suficiente inteligencia para saber que eso había que canalizarlo y publicarlo. Ahí en ese tiempo de rescate conoció a Samuel Feijóo con su revista *Signos*, un proyecto cultural que amó hasta los últimos días de su vida. La revista *Signos* se enviaba al extranjero por aquellos años, su formato siempre ha sido de mucha gráfica, fotos; siempre ha sido muy cotizada. Las que se venden en Cuba siempre han tenido mucha demanda y a la gente le interesa mucho que lo que piensa y hace se le devuelva en forma de texto. Este azaroso empeño cultural hizo que comenzara a trabajar con Feijóo cerca de diez años y juntos llegaron a publicar veintiocho números, motivo por el cual René deja a un lado la poesía, el cuento, el ensayo, y se sumerge en el mundo del testimonio.

Ambos tenían el mismo gusto por el folclor campesino, aunque Feijóo investigaba de una forma mientras René lo hacía de otra. Feijóo influyó en la creación de una conciencia de que había una generación que era un elemento folclórico, que era sujeto folclórico, que conocía mucho y que moría constantemente, llevándose con ellos un gran archivo de folclor cubano. Comenzó en la obra de Batista Moreno la necesidad de penetrar esa identidad con inmediatez, de recopilarla.

El periodismo fue su arma fundamental en estas investigaciones. A René le gustaban mucho los reportajes y las entrevistas para sacar la información que perseguía. En el año 1968 fundó la revista *Hogaño* en Camajuaní, en 1971 la revista provincial *Vamos* y un espacio de poesía joven en CMHW. El periodismo fue muy necesario para la obra de René; fundó una sección a fines de la década de los sesenta que se llamó «Relatos para la historia» en el periódico *Vanguardia*. Después fue presidente de la sección especializada de historia de la UPEC; a pesar de esta

responsabilidad nunca dejó de la mano al periodismo porque en cada testimonio de sus libros está el alma del periodista que siempre fue. Así que su primer libro fue precisamente una investigación sobre el periodismo en Las Villas y se tituló *Principio y desarrollo del periodismo en Camajuaní*. Después comenzó a hacer uno con el nombre de «Villa Clara, más de 100 años de prensa escrita» y para ello se ficharon periódicos, se les dio orden cronológico, se compilaron fotos de periodistas importantes, pero esta labor aún se desconoce, porque este libro no tuvo la suerte de ser publicado.

Un tiempo de silencio marcó su vida y obra, silencio en el cual empleó toda su imaginación para crear sus futuros proyectos. Tras la aparición de un cajero gastronómico para justificar que laboraba y que la ley contra la vagancia no interrumpiera su deseo de rescatar la cultura, pasó más de veinte años aparentemente en el anonimato literario. Así lo vemos en sus colaboraciones para *Vanguardia* y revistas nacionales e internacionales que no dejaron de aparecer, y sus publicaciones humildes, sencillas, bajo el sello de la editorial Hogaño del taller José García del Barco que fundó en 1968, publicaciones que en los años noventa aparecieron bajo el sello de Ediciones Hermanos Vidal Caro. Vieron la luz diez cuadernos de investigaciones folclóricas dentro de los que se encuentran: *Jóvenes poetas villaclareños*, compilación (Editora Hogaño, Camajuaní, 1970), *Los poetas de Camajuaní*, compilación (Editora Hogaño, Camajuaní, 1974), *Las parrandas de Camajuaní*, investigación (Editora Hogaño, Camajuaní, 1979), *Aquí está Felo García*, investigación (Editora Hogaño, Camajuaní, 1982), *Concierto para cuatro gatos*, poesía (Editora Hogaño, Camajuaní, 1983), *Felo García, décimas*, compilación (Editora Hogaño, Camajuaní, 1984), *Músicos populares camajuanenses*, investigación (Ediciones Museo Hermanos Vidal Caro, Camajuaní, 1989), *Cabezones de Camajuaní*, investigación (Ediciones Museo Hermanos Vidal Caro, Camajuaní, 1991) y *Camajuaní folklórico*, investigación (Ediciones Museo Hermanos Vidal Caro, Camajuaní, 1997).

Las publicaciones de René siempre fueron muy sencillas, no prefería unas más que otras, y las consideraba proyectos terminados – tuvo esa satisfacción toda su vida. Siempre tenía ejemplares guardados para regalar a un amigo, para hacer actividades literarias y eventos – en tiempos en que no se

pagaba la ley 35 a un autor —, y llevarlos por todo el país. Su humildad lo llevó a ser un escritor discreto, de marco pequeño, con temas que a pesar de su sencillez, llegaron a ser de gran interés nacional y universal, como fueron sus investigaciones sobre el fenómeno de las parrandas de barrio.

En su obra se muestran valores humanos, porque para René en el folclor había mucho humanismo. Todas las historias compiladas por él tienen estas características, por ejemplo: el libro *Músicos populares camajuanenses* que es muy evocativo, con testimonios de personas muy sencillas que desarrollaron su arte modesto, ingenuo y espontáneo en el terruño. Lo humano en René está lleno de matices, nunca tuvo una concepción plana entre humor, risa, tristeza, llanto, y todos estos elementos están dentro de las motivaciones que siempre tuvo el autor.

Cuando René murió, el 2 de mayo de 2010, dejó publicadas treinta y dos obras literarias con una incuestionable fuerza folclórica. Muchos escritores e investigadores en esta disciplina ahondaron en todo el folclor popular de sus textos y en su devoción por el culto a lo sencillo que inteligentemente supo expresar en el murmullo de lo mejor de su literatura. En su archivo conservo algunas opiniones sobre varios de sus textos publicados, como son:

Componiendo un paisaje (1972). Premio «Julián del Casal» de la Uneac 1971.

«Unánimemente decidimos este premio por la feliz conjunción que veíamos en el libro *Componiendo un paisaje* de una eficacia literaria con un acierto temático. No es fácil escribir un buen libro de poemas sobre un tema tan difícil, pudiéramos decir, desde el punto de vista literario, por lo mismo que es tan atractivo y tan imponente desde el punto de vista humano. Y el autor [...] satisfacía esta doble y difícil exigencia: escribir un libro de sostenida calidad lírica en que se comentaba de manera muy acertada la hazaña de la zafra gigante del 70».

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

Ese palo tiene jutía (2002)

«Agradecemos a René Batista Moreno su andar por lomas y caseríos bajo aguaceros y lloviznas, con frío o calor, muchas veces cansado y casi siempre sin siquiera una simple grabadora

para recoger los sonidos de aquellos mágicos instrumentos, pero con el amor del verdadero investigador, del recogedor de milagros que andan dispersos por nuestros campos, perdidos para la historia de nuestra música si no aparece un paciente, laborioso y preocupado personaje como Batista Moreno, que rescata no sólo la existencia de hombres sencillos y de instrumentos silvestres, sino también el mundo sonoro de otra época en una zona de incalculables y casi desconocidas riquezas musicales».

DULCILA CAÑIZARES

Los bueyes del tiempo ocre (2002)

«Un volumen donde se consigna detalladamente – como en un registro estadístico de cotidianidades inusuales – el anecdotario, las poesías y dibujos, el ideario, los recuerdos musicales, las fotos y la calidez afectiva que el gran sanjuanero universal [Samuel Feijóo] derrochara por aquellos días en el siempre sugerente, sugestivo y pintoresco pueblo de Camajuaní. Es este un testimonio peculiar, construido sobre la base de “recoger lo desechado”, actitud que desde siempre ha caracterizado el ángel investigador de Batista Moreno. [...] Rigurosa y lúcida disección de una de las personalidades más singulares del siglo XX cubano».

RICARDO RIVERÓN ROJAS

Camilo en Las Villas (2004)

«El verdadero Señor de la Vanguardia no se encuentra en los manuales de historia porque allí todo es solemnidad, frialdad académica, olvido de “hechos secundarios”. Por tal camino no se llega a ese rasgo de la cubanidad que Camilo encarnó como nadie: su forma divertida de vivir lo épico. Sin embargo, *Camilo en Las Villas* nos da de cuerpo entero al comandante rebelde en su doble faceta de personalidad y personaje, al narrar – con voz cálida – su paso desde octubre de 1958 por diversos poblados del centro de Cuba. [...] Un libro que confirma con la poesía directa de la experiencia la afirmación del Che Guevara: “En su renuevo continuo e inmortal, Camilo es la imagen del pueblo”».

YAMIL DÍAZ GÓMEZ

Yo he visto un cangrejo arando (2004)

«Como un ambicioso mosaico, como un autorretrato de la cubanía han calificado sus editores esta compilación. Un volumen que, en tres secciones cronológicas, agrupa una amplia muestra de décimas costumbristas, satíricas, humorísticas, eróticas, fechadas entre 1769 y el año 2003. Textos que van de lo culto a lo popular y que firman más de ciento cincuenta autores cubanos [...]. Un libro que no solo propone una deliciosa lectura. Una obra que se convierte en fuente referencial insustituible para quienes se interesen en el origen, desarrollo y esplendor de la estrofa nacional».

FERNANDO RODRÍGUEZ SOSA

Fieras broncas entre Chivos y Sapos (2006)

«En la “Introducción” el autor manifiesta que “ha podido atrapar la memoria histórica de estas fiestas durante más de un siglo”, a lo que faltaría agregar como complemento ineludible una substancial sabiduría para hallar siempre el modo más eficaz de plasmar en blanco y negro lo investigado. Se trata de un libro «enjundioso», para utilizar un término del autor, en que se recopila, digamos también se registra, pero en el que se nota además un afán de entretener, muestra de ello son sus innumerables pasajes humorísticos. Su lectura no nos dejará otro sabor que el de la cubanía».

EDELMIS ANOCETO

René Batista Moreno reposa en el cementerio de Camajuaní, un pueblo que no valoró el trabajo incansable de este investigador. El mayor lauro lo alcanzó en Santa Clara, junto a su familia literaria y a grandes amigos que vivieron experiencias inolvidables a su lado y se cultivaron con muchas de sus enseñanzas.

No fue un hombre que tuvo grandes sueños ni ambiciones de escalar posiciones políticas o directivas dentro del mundo de la cultura, el tiempo para él era oro y todas esas nimias ambiciones serían obstáculos en su constante labor; por eso, aunque su terruño no le diera el mérito que merece, siempre quiso estar en él, aquí vivió hasta sus últimos días sin desprenderse de estos valles, los cuales mira eternamente desde su sepultura. Para él

Camajuaní lo era todo: así lo deja saber en un folleto inédito, testamento de su vida y obra:

Camajuaní: Yo lo pienso tanto. El amor es ciego quizás por eso yo lo amo tanto. Hubo un Camajuaní que fue brillante. Tengo mis amistades, mi medio de vida, en fin, he hecho mi vida prácticamente aquí. He tenido oportunidades de haber estado en otros lugares, pero nunca he pensado en vivir fuera de Camajuaní y en cuanto a los camajuanenses pienso que somos toda una raza, pensamos igual, tenemos grandemente desarrollado ese concepto de la autoconciencia étnica. Yo siento un gran amor por este pueblo, para mí sería algo muy feliz morir aquí.



Camajuaní cien años de parrandas